

Un nuevo mundo

Cuando el tutor acabó su discurso todo el mundo se puso en pie para aplaudir, lo cual pilló a Juanjo por sorpresa, pues no había estado atento. Se levantó con unos segundos de retraso, fingiendo desgana para disimular su desquite (aunque lo poco que había escuchado de la charla le había gustado), y aplaudió a su vez.

— No te enteras nunca de nada —le dijo sonriendo Thais, a su lado.

A pesar de sus caracteres casi opuestos, habían congeniado bien prácticamente desde el primer trimestre, unidos por los avatares de un destino que tomó la forma de trabajo de clase en grupo, y apenas se habían separado desde entonces. La dulzura sociable entremezclada con fino humor de ella complementaba al callado estoicismo y ácido sarcasmo de él.

— No quiero que piensen que soy humano —replicó, siempre reacio a dejar de tener la última palabra o mostrar defecto alguno.

Terminaron los aplausos, y tras recoger sus cosas fueron abandonando el aula entre el murmullo generalizado. El discurso había marcado el fin del periodo de exámenes que había seguido al último lectivo, y con ello la conclusión de una etapa de cuatro intensos años que muchos recordarían para siempre como aquella en que se hicieron adultos, en la que cruzaron el umbral a un mundo nuevo por descubrir. La mejor época de sus vidas. A Juanjo se le habían hecho muy cortos.

— Bueno, ¿qué? ¿Al final vas a ser el primero, don perfecto?

Lo pronunció en un intento de tono de burla, pero él la conocía de sobra como para pensar que iba en serio. Sus ojos la delataban. En sus brazos llevaba cogida, de modo perpetuo al parecer, su carpeta llena de dibujos y firmas de compañeros como si fuera un bebé. Siempre tendría esa imagen de ella grabada en la cabeza.

— ¡Ja! Ya le gustaría a este energúmeno... ¿A que sí?

De esta manera hizo acto de aparición Pablo, surgiendo por sorpresa a sus espaldas. Iba riendo de buena gana, muy animado. Su personalidad abierta rivalizaba con la de Thais llegando al histrionismo. Al igual que con ella, les unían lazos de amistad muy fuertes que habían comenzado a tejerse en primer año de carrera. Les iba a echar de menos, aunque nunca lo admitiría en voz alta. Caminaron por delante de los tabloneros de anuncios que albergaban noticias buenas para algunos, y malas para otros.

— Pues yo creo que va a ser Miguel —dijo su amiga—, se lo ha ganado a pulso. Y Guillermo tiene también bastantes opciones. Sara también lleva muy buena media... —continuó, mirando a un punto indefinido mientras echaba cuentas gesticulando.

— Lo único que puedo decir es: que gane el mejor —contestó Juanjo, sonriendo también y pasándoles los brazos por encima de los hombros, desdenoso. Quería aparentar indiferencia, pero la realidad es que había estudiado la situación con detenimiento, llevaba un control exhaustivo de las notas de casi toda la clase en una hoja de cálculo, y las perspectivas no eran halagüeñas. Si nada cambiaba, iba a quedar segundo. Algo meritorio para cualquier otro, pero deshonroso para su código de valores personal y el alto concepto que tenía de sí mismo.

Y lo peor de todo es que no era culpa suya. Pero sí se encargaría de arreglarlo.

Un leve destello de preocupación cruzó sus ojos, pero se repuso al momento para que ninguno de ellos notara nada. Sin embargo, nada escapaba a la atenta mirada de Thais, quien quizá intuendo que se encontraban en terreno delicado decidió cambiar de tema.

— Todavía no me creo que hayamos terminado de verdad... ¿Vais a ir a la cena? Me encontré a Marcos y Fran, y se están encargando de organizarlo todo, quieren saber cuánta gente se va a apuntar para buscar un sitio. Sería el martes seguramente.

Ambos eran el delegado y el subdelegado de clase respectivamente, y se mantenían siempre muy activos y visibles en todo cuanto concernía al alum-

nado. Pablo lanzó un manotazo al aire, reprobador, mientras decía en tono estridente:

— ¿El día antes de la graduación? Justo lo que necesitamos, coger una cogerza de campeonato para vomitarle encima al pobre rector cuando nos entregue el diploma. Y tú, Thais, todavía peor, como te pases un poco y salgas rodando de allí al día siguiente no vas a caber en el vestido, qué desgracia... Vas a tener que ponerte una funda de sofá.

Su amiga se tapó la cara intentando aguantar la risa, sin éxito.

— ¡Pero serás imbécil! No sé cómo te agunto.

Salieron al exterior. Afuera, una nutrida congregación de estudiantes divididos en grupos de diverso tamaño contribuían a la estruendosa cháchara que reinaba en el ambiente. Muchos agarraban sus cigarrillos como si temieran perderlos, otros sostenían botellines de cerveza, los más sanos optaban por fruta y agua. La pluralidad de vestimentas y mochilas parecía componer un arcoíris difuso. Tampoco los peinados parecían seguir un patrón definido, al igual que la variedad de opiniones de todo tipo (políticas, sexuales, religiosas) que habría escuchado cualquiera que se molestase en prestar atención. Era, en definitiva, la viva imagen de un campus, donde todo y todos tenían cabida. «Incluso alguien como yo», pensó Juanjo.

Pablo esgrimía la bolsa de su portátil a modo de escudo para resguardarse de la ira jovial de Thais cuando Fran se les acercó.

— Eh, ¿vais a venir esta noche? Íbamos a salir todos a tomar algo y celebrarlo, así sin plan ni nada. Sólo los de nuestra clase. Por el Barrio Viejo...

La chica asintió, entusiasta.

— ¡Claro! La verdad es que apetece desconectar ya.

— Entonces voy a tener que ir, porque sin mí ninguna fiesta vale de nada —apostilló Pablo a su vez.

— ¿Hoy por la noche, dices? Mmm, no sé, igual tengo alguna cosa.

Miraron a Juanjo extrañados. Era raro que no estuviesen al tanto de sus planes, máxime cuando conocían de sobra todos sus grupos de amistades y cuanto con ellos tramaba.

— Me parece que no te he oído bien. ¿Estabas diciendo que ibas a venirte con nosotros de fiesta, verdad? —le desafió Thais, entrecerrando los ojos de forma amenazadora.

— «Alguna cosa», dice, como si tuviera existencia física en este plano de la realidad cuando yo no estoy presente —remató su amigo con jocosidad.

Juanjo sonrió. Por el momento, sería mejor no oponer resistencia. Ya habría momento de lidiar con la situación más tarde. La noche podía ser muy larga.

— Parece que no me queda alternativa —claudicó—. ¿Dónde dices que vamos a ir?

— Es como hablarle a una pared —rió Fran—. Nunca te enteras de nada.

La noche olía a juventud y a eternidad, o quizá fuese a verano. Todo tenía un final, pero desde el inicio del recorrido era difícil verlo de tan lejos que estaba. Y era fácil sentirse inmortal cuando apenas la vida había infligido heridas todavía.

Todo tenía que salir perfecto. Todo.

Llegó a la hora en punto, cuando casi no había comenzado a reunirse gente. Eso le fastidiaba, pero si sus condiscípulos nunca habían hecho gala de formalidad durante los estudios, mucho menos iban a hacerlo ahora tras el fin de curso. Aguardó con paciencia, inalterable, hasta que uno por uno fueron apareciendo. La reunión alcanzó eventualmente una cifra respetable. Ninguno quería perderse la ocasión ni tenía tampoco excusa verosímil para hacerlo, excepto él.

Transcurrió la primera hora mientras recorrían la zona de ocio que ya se conocían al dedillo, contribuyendo a levantar una vez más el sector terciario de su urbe. Bebían, reían, cantaban y bailaban, rememorando hazañas y también otros momentos quizá menos dignos pero igual de imperecederos. Juanjo les imitaba, pero su mente estaba muy lejos de allí y echaba frecuentes vis-

tazos a su reloj de pulsera, con apariencia calculadamente casual. Llegó el momento en que ya no podía postergarlo más y se dispuso a despedirse del resto.

— Tengo que marchar ya, he quedado con otra gente. Si puedo me pasaré después, os avisaré por si seguís por aquí.

Muchos no le oyeron debido a la música alta y otros ruidos del ambiente. De los que sí lo hicieron, otros tantos no fueron incapaces de entenderle por culpa de su nivel de intoxicación etílica, pero sonrieron y asintieron igual. Entre los demás hubo algún gesto de extrañeza que se fue tan rápido como había venido. Pablo y Thais fruncieron el ceño.

— ¿Pero con quién has quedado? ¿A dónde vas?

Había previsto también esa pregunta.

— Son del club de ajedrez... Creo que no conocéis a ninguno.

— Puedes traerles aquí, que no nos comemos a nadie, y fiesteamos todos juntos —dijo Pablo.

— Lo intentaré, pero no prometo nada. De todas formas no os preocupéis, que habrá oportunidades de sobra para salir... Somos jóvenes —les tranquilizó antes de hacer un saludo general a los presentes y alejarse caminando, mientras Thais se le quedaba mirando con cara de preocupación.

Avanzó a paso firme, fundido con la gente y con la noche a partes iguales. Nadie le miró más de una vez dado que no desentonaba. Le gustaba sentirse invisible, camuflado con su entorno, sin comportamientos extraños y con un control absoluto de sus gestos faciales a fin de transmitir una imagen concreta y muy estudiada. Las personas eran por lo general más crédulas y confiadas de lo que jamás admitirían, especialmente cuando se movían en grupo. Si se sabía cómo actuar era muy fácil engañarles. Pero no a todos.

En pocos minutos fue dejando la zona de ocio atrás y adentrándose en barrios cada vez más periféricos y vacíos. No tardó mucho en llegar al campus universitario, con sus verdes explanadas y sus modernos edificios acristalados. Hizo un alto justo antes de cruzar el perímetro y se apartó detrás de un gran seto. Se quitó el reloj y lo guardó en un bolsillo para evitar reflejos traicione-

ros. De una pequeña y casi plana riñonera que había llevado pegada al estómago sacó un pasamontañas negro y unos guantes, y se los puso siguiendo el mismo ritual de movimientos de siempre. Había cámaras instaladas en postes y fachadas. No tenía intención de dejarse ver por ninguna y de todos modos las grabaciones no se comprobarían sin un buen motivo, pero en caso de que así ocurriera no se vería comprometido.

Se movió buscando las sombras, avanzando por tramos de césped sin apenas farolas y por callejones entre las edificaciones, bien alejado de los puntos de tránsito principal. Aún se veían un par de vehículos, con toda seguridad jóvenes parejas que no podían permitirse un hotel y recurrían a los socorridos aparcamientos. Nada que le preocupara. Lento pero seguro, subió un pequeño promontorio en la penumbra y saltó una valla. El ruido metálico sobresaltó a algún animal que agitó unos arbustos cercanos. Esperó tumbado a que sus pulsaciones se calmaran, mirando a su alrededor, oteando. Su edificio quedaba a pocos metros. Un coche de la empresa de seguridad se dirigió hasta la entrada iluminándola con sus faros. Hacían la ronda de siempre y a esas alturas de la noche ya estarían bastante aburridos y con los sentidos mermados. Dieron una vuelta sin bajarse y se alejaron en dirección a otro sector, quedando el camino expedito.

Se levantó y terminó de recorrer la distancia que le separaba, pero con una trayectoria indirecta que le llevó a rodear parte del edificio hasta una de las entradas laterales. Estaba mucho menos expuesta que la principal y las farolas alumbraban poco esa zona. De otro bolsillo sacó un pequeño estuche, y de este un juego de ganzúas. Operó sobre la cerradura durante unos largos diez minutos, interrumpidos constantemente por miradas a izquierda y derecha. Le estaba costando y gruñía con fastidio. Por fin el tambor giró y la puerta quedó desbloqueada. Guardó todo y la abrió despacio, sin ruido. Solía chirriar de forma horrible, pero la semana anterior le había echado aceite en aerosol, previsor. La cerró tras de sí y volvió a bloquear la cerradura, ya que a veces el personal de guardia iba comprobando las puertas. Si la cerraban podría volver a abrirla, pero no quería que notasen nada raro y quedara reflejado en algún parte.

Fue hasta el despacho del conserje, al lado de la entrada frontal. Aquí no le hizo falta llave: se había procurado una copia tiempo atrás, casi por accidente. Abrió el cuadro eléctrico principal y bajó los interruptores del sistema de alumbrado automático, que funcionaba mediante sensores de movimiento y le habría dejado completamente vendido. No quería tener que moverse a medio metro por minuto. Ya más tranquilo anduvo hasta las escaleras, pasando al lado de un ventanal por el cual se colaba la luz de la calle.

Vio algo a su izquierda, de reojo. Se giró. Un guardia, de pie afuera, clavaba sus ojos fijamente en él. Se le paró el corazón y no supo cómo reaccionar.

Fueron unos segundos interminables. El otro se acercó al cristal sin dejar de mirarle. No hablaba ni hacía amago de dar la alarma, y Juanjo no entendía muy bien qué estaba pasando. Entonces, se atusó el pelo, se ajustó bien la gorra, dio media vuelta y se alejó caminando. El joven controló su respiración agitada y se secó una gota de sudor que resbalaba por su frente, confuso. Tras pensarlo con calma, recordó que esos cristales eran muy reflectantes, y de noche y con las luces interiores apagadas serían básicamente un espejo. El guardia los había usado como tal, incapaz de verle.

Se maldijo. Dio gracias que ninguno de sus amigos hubiera estado allí de testigo. Odiaba aparecer vulnerable, imperfecto, fuera de control. Tener miedo le parecía algo indigno del estándar que se había marcado, una mácula que le bajaba del pedestal donde quería verse subido. Nunca le habían pillado y no quería ni pensar en esa posibilidad. Quería sentir de verdad la seguridad que aparentaba en público, sin mancillar su imagen de excelencia que, según algunos, sólo le hacía parecer lejano e inalcanzable. Pero esta última idea no le disgustaba. Se centró de nuevo en lo que le había llevado allí.

Subió los escalones rumbo al despacho de Suárez en la tercera planta. Recorrió el pasillo. Tenía contados los pasos pero no fue necesario, sus ojos se iban acostumbrando a la oscuridad poco a poco. Apenas perdió un par de minutos con su cerradura. Con cuidado de no tocar ni mover nada, se sentó en la silla. Estaba adaptada para la fisonomía del profesor y le quedaba incómoda, pero no la reguló por el riesgo de no dejarla exactamente igual antes de irse.

Sacó una memoria USB llena de archivos que, como el pasamontañas o las ganzúas, formaba parte de esa vida paralela de la que nadie de cuantos le conocían estaba al tanto. Lo conectó al ordenador y lo arrancó. Era escaso medio punto el que tenía que corregir para subirse la media y quedar primero. Había docentes buenos y malos, y Suárez pertenecía al grupo de los segundos. De los que no se preocupan tanto de explicar bien la asignatura como de venderse ante el público. De los que, sin razón aparente, desarrollaban inquina hacia algunos estudiantes concretos que tal vez les trajesen recuerdos de alguien de su pasado a quien odiaban, o les hicieran ser conscientes de sus propias carencias. Daba igual. A él le había ocurrido y esta ojeriza había sido la causante de su «baja» nota en la materia. Sabía exactamente cuánto debía haber sacado porque tenía una copia del enunciado del examen, y lo había repasado mil veces. Nunca se equivocaba. Pidió revisión, pero su hoja de respuestas se había traspapelado por arte de magia, lo cual el profesor no encontró importante pues estaba seguro del dictamen que merecían sus espurias (ese adjetivo le había dolido) explicaciones.

Cuando acabara lo que tenía que hacer, se marcharía y añadiría su facultad a la colección de sitios donde se había infiltrado. Acumulaba un nada despreciable palmarés. Había hechos suyos otros muchos lugares con anterioridad, desde luego. Nunca había sabido muy bien qué era lo que le había llevado a ello, si la dosis de adrenalina que le proporcionaba, si la idea de un reto de verdad, si la perspectiva de hacer algo tan prohibido, al margen de la sociedad, o de tener un secreto que sólo él conocería. No le importaba. Había comenzado en el instituto, dando sus primeros pasos con cautela en lo que ya manejaba como un arte. Pronto buscó nuevas metas. A su centro de estudios siguieron otros, luego almacenes, edificios públicos, centros comerciales, incluso casas de conocidos. Sentía una suerte de superioridad durante esa intrusión en vidas ajenas, aunque nunca produjera el más mínimo desperfecto y se marchara indetectable, como un fantasma. Esto también le complacía. El pasar por la vida de los demás sin dejar huella, haciendo todo lo mejor que podía pero de incógnito, sabiendo que era tan bueno y estaba tan por encima de ellos, y con la certeza de que ningún otro lo sabría. Saldría del edificio y volvería a casa paseando bajo la luz de la luna. Echaría de menos todo aquello,

y atesoraría los mejores momentos de aquella época, pero no se atormentaría por las decisiones tomadas o las cosas no hechas. Él debía hacer lo correcto, ahora y siempre, y estaba satisfecho consigo mismo.

El sistema terminó de cargar y abrió una herramienta automatizada con la que descifró la contraseña de usuario en pocos segundos. Ejecutó otras para desactivar todas las protecciones. No tenía sentido jugársela tan cerca del final. Después, reseteó el equipo e inició sesión con la cuenta del profesor. Una vez dentro no quedaba ninguna barrera: Suárez era tan confiado que permitía a las aplicaciones guardar sus credenciales, ahorrándose el teclearlas cada vez. Y aunque no fuese así el caso, ya las había extraído previamente del ordenador del aula. La web interna para el colgado de notas finales no se cerraría hasta la siguiente semana, y en un fallo garrafal de diseño no mostraba las últimas acciones efectuadas por el usuario, lo que le cubriría las espaldas. Tampoco bloqueaba los accesos fuera del horario normal. Al terminar borraría todo rastro de su presencia y el propio paso del tiempo asentaría la validez del cambio efectuado. No le iba a quedar ningún remordimiento: ese primer puesto era suyo por derecho.

Cuando el escritorio apareció supo cómo debían haberse sentido aquellos remotos profanadores de tumbas. Las posibilidades eran muchas, pero metódico y ordenado como siempre se dedicó a su objetivo principal. Abrió la intranet universitaria con la sesión del docente, siguió los enlaces hasta la aplicación de notas y navegó por decenas de asignaturas y cientos de estudiantes hasta ver su propio nombre. Pulsó el botón para modificar la calificación actual, introdujo el nuevo valor y envió el cambio al servidor central. Examinó su trabajo, ufano. Nada llamaba la atención y Suárez nunca se enteraría. Cerró el explorador no sin antes borrar los datos de la última hora.

Cerró los ojos un minuto, tomando aire y saboreando el dulce aroma de la victoria. Casi demasiado fácil. Aún tenía tiempo de sobra y no creía que fuese a volver a ese despacho jamás. No, no podía irse todavía. Quería ver qué sorpresas le aguardaban en esa vida en la que se había inmiscuido sin permiso. Abrió un navegador de archivos y el cliente de correo electrónico. Se frotó las manos literal y metafóricamente antes de zambullirse en ellos, como un colegial que sustrae la agenda de una compañera de dentro de su cajonera.

El asunto de un *email* concreto llamó su atención, así como su remitente. No era muy reciente, tenía un par de semanas.

«**SOLICITUD DE CONVOCATORIA ESPECIAL DE EXAMEN**». Lo había enviado Miguel, el compañero quien había estado en un tris de arrebatarle el primer puesto. Picado por la curiosidad, lo abrió y comenzó a leer.

«Buenos días. Tal y como hablamos ayer por la mañana, le confirmo que el próximo día 19 estaré disponible, por lo que sería la mejor de las posibles fechas de examen que me ha ofrecido. Le ruego que me confirme si no tiene inconveniente.

Una vez más, le agradezco el esfuerzo que ha hecho por adaptarse a mis circunstancias, pues entiendo que...»

Juanjo repitió la lectura, pasmado. No terminaba de entender. ¿El profesor le había examinado fuera de plazo, únicamente a él? La verdad es que no recordaba haberle visto ese día en el aula, pero había mucha gente. ¿Circunstancias especiales?

Había más correos pertenecientes al mismo hilo de conversación. Los desplegó. Seguro al principio de ir a encontrarse con algún tipo de chanchullo o favoritismo, un acceso de culpabilidad le invadió al descubrir de lo que se trataba: la madre de su compañero estaba aquejada de cáncer y, al ser hijo único y ella divorciada, debía hacerse cargo cuando sus achaques empeoraban. La economía familiar no les permitía contratar a un asistente a tiempo completo. El profesor había accedido a examinarle en otra fecha distinta, y no había sido el único a juzgar por otros mensajes que había cambiado con el cuerpo de docentes. Pensar en Miguel y su penosa coyuntura le hizo sentirse mal. No era lo que había esperado averiguar.

Algo empezó a dar vueltas en su cabeza. En el explorador de ficheros, indagó la carpeta compartida en red a la que todos los docentes tenían acceso. Suárez no podía verlo todo, pero él sí dado que poseía las credenciales de administrador, que había visto teclear a uno de los informáticos de la facultad cuando le llamó a su puesto bajo un falso pretexto. Allí residían todos los contenidos de cada asignatura, incluyendo el temario, las presentaciones, y

las prácticas y trabajos entregados por los alumnos. Repasó las de Miguel una por una. Aceptó conmovido que su compañero era realmente bueno: igual de inteligente, pero quizá más humano. En muchos de sus materiales, Juanjo escondía altivez y desprecio hacia sus educadores, a quienes creía por debajo de él. En otros, se limitaba a responder como un autómatas, no considerando la carrera digna del cien por cien de sus esfuerzos. El ahora segundo mejor estudiante de la carrera cosechaba alabanzas de docentes y estudiantes por igual, como evidenciaba la bandeja de entrada de Suárez. Y lo que era aún peor: en algunas ocasiones había renunciado a sacar más nota para así poder ayudar a algún compañero. Con tamaña situación familiar había sacado tiempo para colaborar con órganos como el consejo estudiantil o la revista del campus.

Pasaron unos minutos, tantos que saltó el salvapantallas, pero ni siquiera se dio cuenta. Estaba ocupado pensando. El sabor a victoria había sido reemplazado a un regusto amargo, a cenizas. La culpabilidad le turbaba, porque no podía estar en el bando equivocado. Él no.

Tomó una decisión. Pero antes, ansiaba saber más. Siguió husmeando en todo lo que se le ofrecía a la vista, ya no sólo de Miguel, sino de todos los otros. Y al hacerlo, sus presuposiciones fueron siendo derribadas una a una, y con ello su sistema de creencias.

Algunos habían entregado trabajos verdaderamente admirables, con destellos de brillantez de los que nunca les habría creído capaces. Otros habían pasado sin pena ni gloria por buena parte de las asignaturas, pero sobresalido en otras, en raras ocasiones incluso por encima del propio Juanjo. Un pequeño grupo, con Miguel, Marcos y Fran a la cabeza, habían ofrecido ayuda en los estudios a los compañeros más rezagados sacando horas de su tiempo libre. Era sobrecogedor, pero a la vez fascinante, descubrir de esa forma a aquellas personas a las que había ignorado durante cuatro años por no suponerles siquiera el mínimo interés, como si fuese la primera vez. Había trazos de personalidad en sus vidas que ni habría soñado, por no molestarse en perder ni un cambio de clase hablando con ellos al carecer de alicientes para hacerlo. Ahora se arrepentía.

Cuando los archivos y correos no le bastaron, abrió una sesión privada del navegador de internet y buscó sus perfiles en redes sociales. Nunca le había visto el menor atractivo a aquellas tonterías, pero cotilleó sus publicaciones con algo parecido a una vergüenza interior. Confirmó lo errados que habían sido sus prejuicios respecto a muchos. Le invadió una especie de nostalgia, o de angustia por el tiempo perdido sin adentrarse en la personalidad de algunos. E incluso por haber descuidado todas las facetas de aquellos con los que sí había trabado amistad, como Pablo y Thais. También ellos se revelaron como un pequeño enigma a medio resolver, como su amiga, quien había obtenido un rotundo 10 y matrícula en una de las asignaturas de libre configuración que no compartieron, mostrando una vocación que desconocía. Parecía que la humanidad sí tenía unas pocas cosas que enseñarle.

Les había idealizado en su cabeza, convirtiéndolos en inefables máquinas cuyo fin era rivalizar con él, enemigos casi. Pintó la carrera como una lucha donde debía ganar el mejor, y donde ser superado en nota equivalía a una humillación. Pero ahora, ante los detalles íntimos de su vida, les veía como lo que eran, seres humanos tan imperfectos como él, con sueños e ilusiones, algunos vicios pero también muchas virtudes. ¿Y él?

Nunca había querido responsabilidad o poder sobre otro que no fuera él mismo. Había rechazado un puesto en el comité de estudiantes, había rehusado dirigir ningún trabajo en equipo, ningún proyecto. Se había abstenido de votar en las encuestas anónimas para evaluar al profesorado, o para premiar a los alumnos más populares, entre los cuales sabía que no se encontraba. Había navegado por la vida esquivando todas las responsabilidades como miembro de la sociedad, puesto que le incomodaban. Siempre equidistante, correcto pero frío, centrándose en su mejora personal y sus resultados, adelantando al resto por la derecha. «Una isla, completo en sí mismo»...

Pero ahora todo lo aprendido le había servido de revelación para saber que algo tenía que cambiar. Y estaba agradecido por ello.

Encontró lo que buscaba, hizo lo que debía, y se marchó como había venido.

El salón de actos rebosaba actividad. Cientos de alumnos acompañados de sus en ocasiones muy numerosas familias afluían en regueros a duras penas organizados, buscando sus asientos reservados, musitando excusas cuando pisaban a alguien o le obligaban a encogerse en su asiento para poder pasar. Muchos vestían trajes por primera vez en sus vidas, y quizá la última salvo entrevistas de trabajo y bodas. Algunos aún aparecían pálidos, acusando los efectos de la juerga posterior a la cena. El rector, el director de la facultad, el cuerpo de docentes y algunas autoridades locales conversaban animadamente o daban la bienvenida en persona a los asistentes. Nadie parecía triste o serio, todo lo más, nervioso.

Juanjo debería estarlo también, pero se notaba extrañamente calmado. Quizá fuese debido a su conciencia limpia, o a la tranquilidad que da saber con exactitud lo que va a ocurrir en un futuro. La ceremonia no le iba a deparrar sorpresas. En todo caso, él proporcionaría algunas a la concurrencia.

— Vaya, vaya, pero si es la elegancia personificada. ¿Te han dado permiso del MI6 para venir?

Pablo le saludó con vehemencia, elogiando el traje oscuro con zapatos y corbata a juego de Juanjo. Él, por su parte, había optado por algo más moderno y sofisticado, con mucha personalidad. Como no podía ser menos.

— Ya ves, he cogido lo primero que he encontrado en el armario.

Era mentira, por supuesto. Había pasado bastante tiempo arreglándose y pensando qué llevar. Puede que su reciente epifanía le hubiese cambiado, pero tampoco tanto. Tenía una reputación que mantener al fin y al cabo.

— Por cierto, ¿ese de ahí no es el alcalde?

— Pero si han estado toda la semana pasada diciendo que iba a venir, y repitiéndonos por activa y pasiva que nos comportáramos... No te enteras de nada.

E inclinando la cabeza a un lado para ver detrás de Juanjo, agregó casi de seguido:

— Y mira quién tienes detrás. La reina de Saba en persona.

Juanjo se giró. Thais se acercaba caminando con cuidado y mirando al suelo para no tropezar con los tacones. Estaba muy cambiada y casi costaba reconocerla. Llevaba un espectacular vestido que parecía impropio de ella pe-

ro le favorecía mucho, y se había maquillado de forma menos discreta, soltado y alisado el pelo y quitado el *piercing* que solía llevar en la nariz. Estaba radiante, pero parecía abatida o quizás decepcionada por algo, pues su sonrisa era un poco forzada. Les saludó con dos besos en la mejilla antes de coger a cada uno de un brazo.

— ¿Les importa escoltarme, caballeros? Una dama no puede ir sola en este mundo.

— Cariño, por ti hasta me haría hetero —respondió Pablo con un guiño y una sonrisa depravada.

Se sumergieron en el torrente humano y avanzaron con calma hasta sus asientos. Como en todas las graduaciones, los alumnos se sentaban en la zona frontal para poder levantarse a recoger sus títulos con facilidad. Las familias ocupaban la mitad trasera del pabellón. La ropa de inspiración clásica de algunos contrastaba con la tecnología de las cámaras y móviles último modelo con que immortalizaban insistentemente la escena. Los *flashes* se sucedían cual descarga de fusilería, y a ratos era imposible mantener los ojos abiertos. Costó un rato imponer el silencio para que el rector pudiera abrir oficialmente el acto y reiterar su cálida bienvenida, a lo que siguieron los discursos genéricos de costumbre. No tardó en llegar el momento más esperado.

— Premio especial a los alumnos con mejor expediente académico. En primer lugar, y con una media de 9,8 puntos, el número uno de esta promoción 2015–2019 es...

Hizo lo que se podría considerar una pausa dramática, alzando la vista con una sonrisa. «Pues al final sí que tiene sentido del humor», pensó Juanjo. De repente se dio cuenta de que Thais le estaba apretando el antebrazo, casi haciéndole daño, mordiéndose los labios. La expectación era máxima.

— Miguel Herrero Velasco. Nuestra más sincera enhorabuena por tu esfuerzo, Miguel. Te lo has ganado.

El público estalló en aplausos y vítores, gritos y silbidos de admiración, y muchos se levantaron sin poder contener sus emociones. Miguel no parecía creérselo, y tardó un buen rato en conseguir bajar hasta el estrado pues todos querían felicitarle. Pablo y Thais, que apreciaban a Miguel pero no querían traicionar su amistad con Juanjo, se dispusieron a consolar a este último fin-

giendo contrariedad, y les chocó ver que no estaba disgustado en absoluto. Aplaudía y hacía gestos de aprobación como el que más.

— En segundo lugar, con una media de 9,77 puntos... Juan José Domínguez Aguilar.

Más ovaciones incluso de las que había esperado dada su menor popularidad. No se consideraba merecedor de ellas, y las agradeció de corazón. Tras abrazarse a sus amigos, bajó también para reunirse con Miguel y las autoridades. Guillermo fue el tercer y último agasajado.

— Como todos sabéis —continuó el director de la facultad—, además de una pequeña ayuda económica, el galardón al mejor expediente lleva aparejada una recompensa más grande, y es la de un contrato de investigación en la mayor empresa nacional de nuestro ramo, cuyo presidente ejecutivo no ha querido perderse esta ocasión, y lo tenemos aquí con nosotros. Sebastián, si no te importa dirigirnos unas palabras...

El codiciado contrato era a todos los efectos una oferta de trabajo de por vida y excelentemente remunerado. Sobraba explicar la competencia feroz que ello provocaba entre los estudiantes más dotados. Juanjo también lo había ambicionado en su día, cuatro años atrás, pero aquello pasó pronto. No ganarlo le evitaba tener que rechazarlo, y además Miguel podría arreglar su vida como se merecía. Él tenía otros planes.

El empresario concluía su alocución. Juanjo aprovechó los últimos segundos para recorrer con la mirada las filas del auditorio, buscando caras conocidas. Varias chicas le sonreían o le guiñaban el ojo. «Tengo que ser bueno», pensó. De repente se encontró con Suárez, que parecía agradado por verle relegado a un segundo lugar y esbozaba una mueca de prepotencia. Le ignoró. Él estaba ya por encima de eso. Además, puede que hubiese dejado las notas intactas, pero no se había marchado de su despacho sin dejarle un recuerdo: la renuncia voluntaria a ser considerado para una estancia de un curso académico en una universidad extranjera de prestigio, algo con lo que el docente había soñado durante mucho tiempo. Por supuesto, nunca se enteraría del motivo por el cual no se la habían concedido. «Estamos a empuje», se dijo.

— Muchas gracias por todo, Sebastián. Empresas como la tuya nos honran y mejoran la educación. Y ahora, Miguel, como número uno tal vez quieras decir algo a tus compañeros...

Le entregaron el micrófono. Temblaba un poco, aún estupefacto. Intentó hablar, pero la voz le fallaba y su humildad le había impedido preparar un discurso de antemano. Pero no pasaba nada. Juanjo sí lo había hecho, aunque era más proclive a actuar. Se acercó a él y le puso una mano en el hombro. Le cogió el micro.

— No te preocupes, Miguel, pues no es necesario que digas nada... Creo que sería mejor que fuésemos los demás los que habláramos, puesto que nos has demostrado de sobra quién eres mediante tus actos, sin guardarte nada para ti.

Se dirigió a la audiencia. Entre los de su curso, la expresiones de sorpresa brotaban como flores. Muchos no recordaban haberle oído pronunciar más de tres palabras.

— Yo os diré quién es Miguel...

Lo que siguió fue el mejor discurso que se había pronunciado en aquel salón en muchos años. Juanjo no dejó nada en el tintero, abriendo por completo su alma ante aquellos extraños. Movido por su sinceridad, las lágrimas acudieron al rostro de Miguel, y a medida que se acercaba el final casi toda la audiencia estaba llorando extasiada. Los más formales asentían con la cabeza, boquiabiertos. Ni los profesores parecían creérselo. Ahora era el turno de los demás para descubrirlo a él.

— Y por todo ello, Miguel, déjame darte un abrazo. ¡Y a todos vosotros, si mis palabras han servido para convencerlos de su valor como ser humano, poneos en pie y uníos conmigo en un fuerte aplauso!

Parecía que el techo se iba a venir abajo del estruendo. Ni siquiera en un concierto habrían aplaudido tanto, pensó Juanjo. Miguel, tímido y ruborizado, dudaba, así que le agarró la mano y se la levantó al aire, triunfal. Y sosteniendo la mirada bien alta y con una sonrisa sincera, Juanjo supo que por perder había ganado.

Aún les pitaban los oídos debido al jaleo. La masa algo menos enfervorecida se disgregaba poco a poco, aunque docenas de grupos permanecían charlando animadamente a las puertas del edificio. Todos querían fotos de recuerdo antes de separarse, quizá para siempre. Pablo, Thais y Juanjo caminaban por el césped para atajar unos metros, pero sin ningún rumbo en particular.

— Así que al final eres humano, después de todo. No sé si sentirme decepcionado o aliviado. Creo que lo segundo.

— Estamos orgullosos de ti. Hiciste lo correcto. La verdad es que ninguno nos lo esperábamos. Te lo tenías muy callado...

— Es que lo improvisé todo, ya sabes que no aguanto cuando alguien se atasca hablando.

— Idiota —rió ella.

— Qué puedo decir, me gusta dar lo mejor de mí.

— Ya nos ha quedado claro, Don Empollón. Tú que puedes.

— ¿Ah, sí? ¿Y que hay de esa matrícula que sacaste, señorita? No nos lo habías contado... —respondió Juanjo. Pablo, divertido, la miró con interés y cara de malicia. Ella, por contra, se paró y miró a su amigo cogida por sorpresa.

— ¿Cómo lo has sabido? Pensé que...

— Que no me importaba nadie más que yo. Os tengo bien vigilados, no te preocupes. Felicidades, lo hiciste bien. Si quieres algo de verdad, tienes que lanzarte a por ello.

Unos instantes de silencio. La gente pasaba a su alrededor, preguntándose dónde habrían aparcado hacía horas. Alguien en concreto se destacó del resto y fue hasta ellos. Era Marcos.

— Me ha encantado tu discurso, Juanjo. Nos ha calado muy hondo.

— Bah, son unos sentimentales.

— No, en serio, ha estado de puta madre. Me alegro de lo que hiciste —le ofreció la mano y el otro la aceptó con un fuerte apretón—. Oye, ¿os vais ya?

— Sí, pero no muy lejos. Hay muchas cosas nuevas por descubrir este verano... —dijo Thais con aire misterioso.

— Pues nada, iremos hablando. Espero que os vaya todo bien. Y a ti te llamo luego, ¿vale? —dijo mirando a Pablo. Por respuesta, este le besó en los labios.

— Espero ansioso, encanto —anunció con un guiño antes de dejarle marchar. Ahora era el turno de Juanjo de quedarse abobado.

— Pero...

— ¿Qué?

— ¿Cuánto lleváis juntos?

— ¿En serio? Pero si toda la universidad lo sabe. ¿Dónde has estado el último año, en Marte? —rió Thais.

— No le pidas tanto, que ya lo ha dado todo hoy. En serio, eres insuperable. Voy con mi familia, que se deben estar pensando que me han secuestrado. Os llamaré el fin de semana para hacer cosas. ¡Chao! —y sin esperar respuesta se alejó.

Los dos se quedaron solos en medio de la explanada.

— Bueno, parece que la vida todavía me reservaba alguna sorpresa.

— De veras, Juanjo —le dijo ella—, es que no te enteras de nada.

Y cogiéndole de la nuca, le atrajo hacia sí y le besó apasionadamente.